

PROLOGO

Una rauda visión de un libro sobre
—PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.—

Por Mariano Lebrón Saviñón.



IN pretensiones ni aspavientados alardes retóricos, Juan Jacobo de Lara nos entrega este libro magnífico: “PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, *su vida y su obra*”, exhaustiva visión del paso del gran humanista dominicano por el mundo del quehacer cultural.

Juan Jacobo de Lara nos era conocido a través de vagas noticias de su fecundo errar por el mundo. Como Pedro Henríquez Ureña, el humanista ejemplar que tanto admira, le ha tocado pasar largas temporadas fuera de su patria, pero soñando con ella, añorándola en cada hueco de soledad, con ejemplar fervor. Empero, ha gozado de la dicha de visitarla por lapsos de apreciables estadas, gozando, otra vez, la fragancia a pino fresco de sus montañas y alcores, allí en su Vega natal, patria chica de entrañables recuerdos, presente siempre en el ansión de sus vagares.

Por veinte y siete años fue profesor de la Universidad de Columbia (en Estados Unidos de Norteamérica), sirviendo docencias de español y de Cultura y Literatura españolas e hispanoamericanas.

Tuvo preocupaciones filológicas — resabios de la dulcedumbre del castellano que domeñaba a su paso por los países anglosajones — que lo llevaron a publicar para la Sociedad

Dominicana de Geografía, en su volumen IX, "Léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento", hermoso y bien concebido opúsculo, que nuestro gran Emilio Rodríguez Demorizi presentó con estas palabras:

"Grata faena la de la presentación de un libro cuando las alabanzas, por demás merecidas, fluyen fáciles y justas; cuando al mérito de la obra corresponden los merecimientos del autor; cuando tras de cada concepto, de cada palabra, se advierte una mano docta y atildada, mano de dominicano fervoroso que consagra a su patria las mejores esencias de su espíritu".

En esta obra que hoy comentamos el Sr. de Lara se atreve a presentar la vida paradigmática de Pedro Henríquez Ureña, en muchos de sus aspectos ecuménicos. Pero puede hacerlo con su proba autoridad. El es un devoto admirador de su magnífico compatriota y posiblemente, si hacemos la excepción de Rodríguez Demorizi, Flérida de Nolasco, quizás Fernández Spencer o un Goyco Castro, muy pocos dominicanos conocen tan hondamente a Pedro Henríquez Ureña.

Por eso esta obra será fundamental e imprescindible para todo estudioso de la egregia personalidad del primer humanista de nuestro continente hispánico.

Ninguna persona en nuestro continente ha concitado tanto amor. Sus discípulos, que se encuentran en la jerarquía de lo mejor de nuestra América, le amaron entrañablemente, porque tuvo esa adorable virtud de sembrar fe y deseo de superación en todo el que se le acercara horro de orgullo y soberbia y deseoso de correr cercano a los mejores. Bondad casi mística anidó su alma, y como una Sibila que oficiara en un nuevo Delfos, su madre, eximia y grande, la inmortal Salomé, atisbó desde la tierna infancia del hijo hacia dónde elevaría sus alas:

*Así es mi Pedro: generoso y bueno,
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

*Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: te lo confío.*

Fue más que una predicción, fue hundida convicción de realidades inmersa en la canción de su ancestro. Pedro bebió en el seno materno el amor patrio patente en lo más denso de su obra.

Por eso hay en él efluvios de dulce melancolía por el dolor de la ausencia, nostalgia dolorosa por la patria lejana con su rico venero de pasiones, orgullo terral inconcebible para quien tenía ante sus ojos la dilatada finitud del mundo.

Yerran quienes afirman que Henríquez Ureña es un escritor en quien la patria no vibra, eso, por su forzoso apartamiento de su nativo lar. “Nadie en el extranjero —dice Américo Lugo— ha suspirado tanto por su patria como Pedro Henríquez Ureña”.

El tono nostálgico de su prosa da un agradable matiz a sus evocaciones. Todo es nostalgia, invocación de arcanos y recuerdos; la misma belleza es nostalgia de la presencia de Dios.

Por eso alguien ha afirmado que, como Cervantes, Pedro Henríquez era un genio triste. Estaba siempre en función de maestro, de plasmación de ideales. Su sueño era sembrar en el joven la realidad de un nuevo ideal americano. Según Anderson Imbert: “Amaba la sinceridad y el ímpetu en el joven” y Jorge Luis Borges afirma:

“De Pedro Henríquez Ureña, sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor”.

Su presencia de maestro era reclamada insistentemente. México, por boca de su Ministro de Educación, José Vasconcelos, llamó un día a Pedro Henríquez Ureña, para darle impulsos a la Escuela de altos estudios, como Santo Domingo llamó un día a Hostos para jerarquizar el alto menester docente. Ambos —el puertorriqueño y el dominicano— se dan la mano,

uniendo sus estaturas gigantescas, en el ecumenismo de la creación gloriosa— artífice de almas— y en la elegancia paradigmática de sus vidas.

Luego pasa a Argentina, como profesor de la Universidad de La Plata, y allí fija residencia. Su labor se hace sentir en la cátedra, en el editorial, en la conversación amena. Publica mucho, pero es más lo que dice. En su conversación es tal el cúmulo de conocimientos que exterioriza, que lo que conversó constituyó su más fecunda obra. “¡Ay,— exclama el sabio mexicano Alfonso Reyes— si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía! ”.

Era un humanista en todo el sentido de esta palabra. Por eso su ideal era Grecia.

Los griegos fueron la altiva aristocracia del mundo, por la imponderable elegancia de su vida ecuménica y por el orbe de ensueños que encendieron.

El ideal para Pedro Henríquez Ureña es, pues, el hombre universal —nosotros, los del grupo de *La Poesía Sorprendida*, también sostuvimos la consigna de “Poesía con el hombre universal”—; el hombre americano, “capaz de recibirlo todo y de darlo todo, pródigo y amplio, magnánimo”, como afirma nuestra escritora Flérida de Nolasco.

Sin embargo, para restarle valores imponderables a su humanismo se ha osado negarle profundidad filosófica a sus juicios.

No, nunca se apartó de la filosofía, fanal de entrañables conocimientos, ni cuando le negó valores esenciales al positivismo que se apoderaba del pensamiento hispanoamericano, ni cuando propugnaba darle alas a las ideas en un constante y meditativo lucubrar. Por eso consideró obligación humana no abandonar la metafísica. Siempre tuvo fe en las imponderables fuerzas del espíritu.

Su concepto de la belleza es platonico, prado de hermosura donde florece la verdad. Desde su muchachez retozó en su alma el gálibo emanante del milagro griego. Dilatadas páginas escribió ponderando la belleza de este ideal.

Y la mejor refacción para su acervo dimanó del alma de los grandes sabios griegos.

Y fiel a ese ideal, Henríquez Ureña fue, ante todo, un esteta. Al referirse a su formación filosófica dice Armando Cordero (en "Ensayos de valoración histórica"):

"El buen éxito que obtuvo desde el punto de vista literario al publicar su obra "Ensayos críticos" (La Habana, 1905), se robusteció en México mediante la crítica filosófica, ya que hubo de asistir a la culminación del movimiento ideológico suscitado en 1837 por José María Luis Mora (1794—1850), partidario de las ideas expuestas por Jeremías Bentham, Herbert Spencer, Stuart Mill y Destutt de Tracy, y como tal, empeñado en orientar la conciencia mexicana a la luz de las reformas educativas señaladas por el Positivismo. Ese movimiento del espíritu mexicano obtuvo en 1867, con la oración de Gabino Barrera (1818—1881), y el otro supremo en cuya virtud admitió el Presidente Benito Juárez (1806—1872), que las doctrinas de Augusto Comte fuesen adoptadas por el Ministerio de Educación de su Patria en los programas de enseñanza; pero no tardaron los hombres del Ateneo de la Juventud, pensadores antipositivistas y espíritus metafísicos que encabezaba don Antonio Caso, en enrostrarles serias impugnaciones".

"Pedro Henríquez Ureña se le enfrenta a Caso y aprovecha la oportunidad para señalarle grandes errores al padre de la filosofía positivista".

No solamente al positivismo sino también al experiencialismo (positivismo independiente) de Stuart Mill y al pragmatismo, enfila nuestro humanista los dardos de su crítica filosófica.

"Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra", por Juan Jacobo de Lara, es una obra escrita con pasión. Esa pasión, ariete de grandes empresas, hontana que se remansa en el prado de la verdad, la hace particularmente sugestiva. Todos los aspectos de la vida del gran humanista aparecen aquí, con una pátina amorosa de verdad, de la que nadie osará desembarazarla.

Viene bien este libro en un momento de necesaria revalorización de nuestros hombres egregios. Y Pedro Henríquez Ureña lo es.

Es verdad que pasó los mejores años de su vida lejos de su Santo Domingo natal. Pero el alma de Henríquez Ureña flota sobre la añorada tierra de su patria, porque tal debe suceder con el espíritu de los hombres, como pensaba Martí, a través de las maravillosas marejadas de su amor.

Septiembre de 1975.

Este trabajo del Dr. Lebrón Saviñón, es el prólogo del libro de Juan Jacobo de Lara, "Pedro Henríquez Ureña, Su Vida y su Obra", publicado por la UNPHU.

OPINIONES

La Revista "Aula", ha obtenido la autorización necesaria para dar a conocer algunos documentos privados, o de la organización interna de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, relacionados con la decisión de la Rectoría, de proceder a la publicación de la obra del profesor Juan Jacobo de Lara: "Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra".

El ilustre historiador y fraternal amigo de Pedro Henríquez Ureña, don Emilio Rodríguez Demorizi, anotó los siguientes méritos: "En la obra se sigue la norma de P.H.U: "en un estilo sobra todo lo que no hace falta". El estilo está visiblemente embellecido por la pasión por P.H.U. que fluye a través de cada página de la obra. *Estructura*: Cada obra tiene su propia estructura. La estructura de esta obra me parece perfecta: perfecta la distribución de los capítulos; perfectos los títulos; perfecto el desarrollo de cada capítulo. La obra deberá ser publicada con toda dignidad por la UNPHU. Será obra perdurable y le ganará nombre al autor, en su Patria, en toda la América."

Otras opiniones, de miembros de la Comisión Editorial de la UNPHU. El Dr. Mariano Lebrón Saviñón, director del departamento de Extensión Cultural, opinó que "Se trata de una obra donde se muestran aspectos muy interesantes de la vida de nuestro humanista, en un estilo claro, llano y accesible. Entiendo, salvo el mejor parecer de esa Rectoría, que el libro en cuestión es digno de que nuestra Universidad lo publique, como un homenaje a la alta personalidad cuyo nombre ostenta."

Del Dr. Malaquías Gil Arontegui, profesor de las

Facultades de Humanidades y Educación: “Después de leer detenidamente la obra “Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra”, del Prof. Juan Jacobo de Lara, me permito recomendar, favorablemente, la posible publicación de dicho trabajo, el cual, en mi modesta opinión, sería no solamente un magnífico homenaje al gran humanista dominicano por parte de la Universidad que lleva su nombre, sino también un seguro éxito editorial para la UNPHU, por la calidad del estudio del Prof. Juan Jacobo de Lara. Mi opinión se basa en los siguientes elementos de juicio:

a) Análisis completo de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña, ya que está estudiado de manera integral: como humanista, crítico, educador, etc., así como en sus diversas proyecciones, nacional, americanista e internacional;

b) Amplitud informativa, rigor científico y profundidad de la investigación realizada por el autor;

c) Juicios objetivos y bibliografía casi exhaustiva;

d) Claridad de lenguaje y sencillez de estilo, que permitirían la fácil comprensión por toda clase de lectores, pues en la abundante bibliografía acerca de Pedro Henríquez Ureña, falta una obra que una al sentido crítico y documental, la amenidad de su lectura, condiciones ambas que reúne el trabajo del Prof. de Lara.”

Y, finalmente, del Dr. Carlos Federico Pérez, director del Departamento de Publicaciones de la UNPHU: “Considero, después de terminar la lectura del libro de referencia (“Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra”, del profesor Juan Jacobo de Lara) que la Universidad puede patrocinar su publicación. Se trata de una obra primordialmente informativa, de mucha utilidad, por su nutrido acopio de datos y su amplia bibliografía, para el conocimiento y valoración de la vida y el legado intelectual del gran humanista cuyo nombre ostenta nuestra Casa de Estudios.”



El Ateneo Dominicano, Inc.

Fundado el 18 de Mayo de 1871

En vista de los méritos intelectuales del escritor

JUAN JACOBO DE LARA.

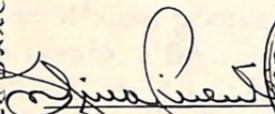
Resuelve:

Otorgarle el presente

DIPLOMA

Como un reconocimiento a su labor bibliográfica en beneficio de la cultura dominicana durante los años 1976 y 1977.

Dado en Santo Domingo de Guzman, Rep. Dom., sede del Ateneo, el 15 de diciembre de 1977.



DRA. JOSEFINA FIMENTEL BOVES
Secretaria General





PROF. ANGEL MIOLAN
Presidente